

LA NOVELA FILM

N.º 29

30 cts.



AL BORDE DEL ABISMO

# La Novela Film



Imp. Vda. de J. Ganjuán Vlla.  
Urgel, 7.-BARCELONA

# LA NOVELA FILM

Redacción / Lauria, n.º 96  
Administración / BARCELONA

Año I

N.º 29

## AL BORDE DEL ABISMO

Comedia dramática interpretada  
por la bellísima artista

DOROTHY DALTON

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

EXCLUSIVA DE SELECCINE, S. A.

PROGRAMA

AJURIA





Prohibida la  
reproducción



## AL BORDE DEL ABISMO

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El conde Westford, cuyos títulos y pergaminos datan de época remotísima, se da cuenta ya en el ocaso de su vida, que ni sus antepasados ni sus escudos de armas bastan a satisfacer las crecientes exigencias de sus acreedores.

Su situación económica se agravaba más cada día, y la obligación de vender se impuso.

Lady Lillian, hija única del conde de Westford, era una de esas señoritas de salón educadas con demasiados mimos, que viven con

fausto y sin preocupaciones por las matemáticas de sus mayores.

El más asiduo comprador de los tesoros artísticos que encerraba el castillo del Conde, era Richard Carson, un multimillonario.

Ese potentado se presentó un día en el castillo, y su visita no fué agradable para Lillian, que preguntó a su padre:

—¿A qué ha venido aquí Mr. Carson, papá, y por qué está examinando nuestros cuadros y tapices?

El Conde dió un suspiro que resonaba todo su dolor, y contestó:

—Porque los comprará... Por lo menos, tengo esa esperanza.

—Pero... ¿tan menguada está nuestra fortuna?—dijo Lillian con espanto.

—No te alarmes... Todo se arreglará... Me parece que Hugo Paten está en el invernadero, hija mía. Hazle compañía hasta que haya terminado este desagradable negocio con Carson.

Lillian acató maquinalmente el deseo de su padre.

Con tristeza infinita se encaminó al jardín, y en él encontró, en efecto, a Hugo.

Este era vástago de una familia tan aristocrática y tan pobre como la de Lillian.

El objeto de las frecuentes visitas del joven al castillo, era el amor que sentía por Lillian.

Ese sentimiento, confesado apenas nacido a la mujer amada, había tomado mucha raigam-

bre en el corazón del hombre, pero Lillian no le diera nunca esperanzas, y lo que podía ser una venturosa pareja de novios, no era más que un par de amigos.

La fortuna era lo que impedía el noviazgo de uno y otro ser. Si, el dinero.

Porque Hugo no quería pedir a Lillian que fuese su esposa, pues no contaba con medios bastantes para proporcionarle una vida en relación con su rango en la sociedad.

Ni Lillian, a buen seguro, hubiese aceptado su proposición.

Sin embargo, se querían.

Por eso aquel día, en el invernadero, por donde pasaron, Hugo dijo:

—Si tuviera dinero, Lillian, me casaría contigo, pero bien sabes que no soy más que un segundón sin fortuna.

—¿De qué nos sirven nuestros títulos?—respondió ella desdefiosa.

—Pero esto no durará toda la vida... A toda costa quiero ser rico... No me importan los procedimientos.

—¿Bah! Cuando uno busca dinero... el dinero le huye más que nunca...

Entretanto, en el castillo, el mayordomo que acompañara al multimillonario en su visita de cuadros y tapices, dijo a su señor el Conde:

—¿Puedo decir al señor Carson que pase?

—¿Lo ha visto todo?

—Sí, señor.



—Hágale entrar.

Breves instantes después, el ricacho y el Conde concertaban el negocio.

Carson dijo al noble:

—Tendré mucho gusto en comprar los cuadros y tapices de usted, pero hay algo más en esta casa que me interesa mayormente y que yo desearía poseer.

¿De qué se trata?

—Amo a su hija y tendría a mucho honor el hacerla mi esposa.

—¿Mi hija?... Me parece muy rápida su petición. Apenas la conoce usted exteriormente... El carácter de Lillian es altivo, y me parece muy difícil hacerle aceptar la proposición de usted.

—Sin embargo, merezco la pena de que lo intente... Tenga usted en cuenta que satisfaré hasta sus menores caprichos y que no tendrá usted más preocupaciones de orden económico.

—Hablaré con ella... pero conste que nada prometo.

—Desde este momento, Lord Westford, estaré ansioso, pendiente de su contestación.

Marchóse el multimillonario.

El Conde, abatido, se dejó caer en un sillón, disimulando su pesar al regresar, sola, su hija Lillian.

Hugo se había despedido de ella en aquel momento, después de haberle hablado de amo-

res con más ilusión que jamás, y prometido que por ella lo intentaría todo.

—¿Compró los cuadros el señor Carson?— preguntó Lillian.

—Los cuadros y los tapices... hasta aquellos que fueron nuestro mayor orgullo.

—¿Todos, pues?... ¿Tan mal anda nuestra fortuna que debemos desprendernos de nuestras cosas más queridas?

—Sí, Lillian... de nuestros cosas más queridas...

—¿Qué tienes, papá, que me miras y me hablas de ese modo?

—He de decirte algo importante, hija mía... Carson dice que te ama, y pide tu mano.

—¿Ha osado ese hombre humillarnos hasta este extremo? ¡Es odioso! No se me hace el amor... Simplemente... se me compra al contado. ¿Y este es el precio que debo pagar por ser una Westford?

—Hija mía, la vida nos enfrenta con la adversidad... Estamos arruinados... En tu conducta está el porvenir de nuestra casa... de nosotros mismos. ¡Perdona a tu padre, Lillian, si no puede hablarle de otra manera!

—Calla, calla... Esto es horrible. Y debí temer este final... porque ese hombre cargado de oro puso varias veces sus ojos en mí...

Lady Lillian vacila algunos días... y luego, despreciando a Carson y despreciándose ella

misma, toma una resolución: aceptar el enlace con el poderoso.

Avisado por el Conde—múfeco de la fatalidad—, Carson se presentó en el castillo, y fué introducido por el mayordomo en el salón donde Lillian le esperaba.

Lord Westford me ha dicho que consiente usted en ser mi esposa—pronunció respetuosamente Carson.

—Sí, he decidido casarme con usted.

—Su respuesta es muy grata para mí, y me honra, Lady. El beso que pongo en su mano es el testimonio de mi gratitud.

Lillian dejó que Carson besárale la mano; pero al sentir el contacto de sus labios sobre su piel, retiró aquélla y concretó:

—Hemos hecho de este casamiento un contrato. El amor no ha entrado en el negocio ni por una parte ni por otra... A cambio de mi nombre, que es noble, usted pone su fortuna, que es muy grande, a mi disposición. Eso es todo.

Carson sonrió y dijo:

—Respeto su voluntad, pero soy suficientemente vanidoso para presumir que llegará usted a amarme.

4.º

Unos días antes de la boda, se celebró en el castillo una pequeña fiesta íntima, y se dió una cena.

Entre los escasos invitados se contaba Hugo Paten.

Durante la comida, Hugo dijo a Lillian, a cuyo lado se había sentado:

—Mi fortuna está hecha. Dentro de una semana partiré para El Cairo a dirigir la construcción del nuevo ferrocarril, con un sueldo brillante y numerosas ventajas económicas.

—Egipto es aburridísimo. ¿Por qué no se casa, Paten, y lleva consigo a su esposa? Así le parecerá más tolerable aquel lejano país—opinó un convidado.

—Me casaría si encontrara alguien capaz de hacer el sacrificio de acompañarme—respondió Hugo, mirando a Lillian, que bajó los ojos.

Carson, que había descubierto el afecto que existía entre Hugo y la orgullosa aristócrata, brindó con intención:

—Levanto mi copa a la salud del noble que



trabaja para adquirir una fortuna, mientras otros se casan con el mismo fin.

La ofensa iba recta a Lillian y fué milagro que Hugo o el Conde no replicaran a la grosera alusión.

Pero se fingió no ver ultraje a nadie determinado, y las palabras quedaron en palabras.

Después de la cena, Lillian y Hugo pudieron hablar unos instantes a solas.

—Ése hombre no me deja olvidar. Es insostenible — deshonró el amor propio de ella.

—No debes casarte con él. Demasiado has tolerado ya.

—A mi frialdad, contesta haciéndome observaciones en un tono que me cripa los nervios. Está seguro de vencer en mí lo que él llama orgullo de clase. ¡Es un salvaje!

—¿Por qué no le abandonas?... Ven conmigo a Egipto... Huyamos.

—¿Huir?... No. Es verdad que he sido vendida en matrimonio, pero eso es una indignidad.

—Entonces tú misma accedes a hacer de tu vida un martirio al lado de ese mal educado.

—Si me caso con él, Hugo, es por papá. La riqueza desaparecida nos ha conducido a ser... cobardes.

Después de la boda.

Los torpes esfuerzos de Carson no consiguen más que levantar la muralla que se interpone entre Lillian y él.

Esclavo de sus ideas, Carson, que amaba sinceramente a Lillian, no aceptaba la humillación ante el querido ser para atraérselo, sino que, al contrario, considerando que sería peor andarle con remilgos a su esposa, orgullosa de su nobleza, la trataba con cierta dureza.

Sus caracteres sostenían una ruda lucha. Dos orgullos mal entendidos chocaban cruelmente.

Lillian vivía en la misma casa de su esposo, pero era como si no estuviera en ella.

Salía cuando le venía el gusto de marcharse.

Raras veces accedía a que le acompañara Carson al teatro o a alguna reunión.

La existencia de ambos era, en verdad, insostenible.

Era como una herida abierta que el correr de los días, con sus nuevos incidentes, ensanchaba sin piedad.

El amor propio de Carson se resentía con exasperación del indomable desdén de la mujer querida a pesar de todo.

Y aquel hombre que se enriqueciera a fuerza de tesón y de trabajo, se sentía a veces acometido de impulsos peligrosos que contenía a tiempo.

Cierta tarde, Carson esperaba a su mujer en un saloncito, para hablarle, y la llamó a su lado cuando ella regresaba de las visitas que le plugo hacer.

Hosilmente, como de ordinario, Lillian se acercó al esposo, y éste le dijo, ocultando con



voz suave el furor que encendía en su pecho la altivez de la mujer:

—He invitado a un amigo, el doctor Brodie, a quien no he visto hace muchos años, a cenar con nosotros.

—Está bien... No tenías por qué darme esta explicación.

—Debía avisarte, Lillian, y tú, me parece, debieras estarme agradecida.

—Tal vez sí...

—Sin tal vez. Creo que no te faltan atenciones a mi lado, y que merezco mayor consideración de tu parte.

—Mi conducta no deja de ser correcta.

—¿Tu conducta?... Lo que más me encoleriza es tu glacial indiferencia, tu mudo desprecio?

—No olvides que esto no es más que un contrato arbitrario...

—No eres una mujer... Eres una estatua de mármol.

Te parezco eso porque me compraste con las demás estatuas de mi padre.

Carson, deseoso de vengarse porque su corazón estallaba de pesar, respondió ofensivo:

—¡Sí, porque quise tener el lujo de lucir como esposa a una aristócrata elegante... y te elegí a ti!

Y sin poderse reprimir, sacudió a la orgullosa,

—¡Este es el supremo insulto!... ¡El insulto de la violencia! — exclamó Lillian.

Carson serenóse y se arrepentía.

—¿No has pensado nunca en que puedo abandonararte y volver a casa de mi padre? — preguntó amenazadora Lillian.

—Mientras tenga yo dinero estoy seguro de que no lo harás — arguyó con convicción el po-



—... Lo que más me encoleriza es tu glacial indiferencia...

tentado.

Lillian se consideró vencida y calló.

Carson le dijo entonces:

—La cena será a las ocho y ya es hora de vestirme... Estoy seguro de que esta noche ten-

dré más de una razón para estar orgulloso de mi esposa.

Lillian retiróse a sus habitaciones y eligió el vestido que debía ponerse para la cena.

Pero no pudo vestirse... y mandó a su doncella que se retirase.

Sola, se sumió en profunda meditación.

Mientras tanto Hugo se preparaba para su viaje a Egipto.

El vapor zarpaba por la noche.

Sus maletas estaban casi hechas; sólo faltaba reellenarlas de algún que otro objeto.

Sussie, su doncella, una jovencita que disimulaba muy malamente la admiración que sentía por su señor, no le quitaba la vista de encima.

—Siento mucho quedarme sin un amo tan bueno — musitó.

—Bah! Haz honor a tu nombre, Esperanza. Tú mereces un señorito mejor que yo. Y lo encontrarás fácilmente. Ya te indiqué algunas recomendaciones y verás cómo consigues un buen empleo.

—Pero un amo como usted, no...

—No seas terca, muchacha. Bueno, no hablemos más de eso.

—¿Estará usted ausente mucho tiempo?

—Regresaré dentro de dos o tres años.

—Puede que ya no lo vea más, señorito.

—Sí, mujer; nos volveremos a ver... si no nos parte un rayo antes.



*Lillian retiróse a sus habitaciones y eligió el vestido que debía ponerse para la cena.*



—¿Y va usted a llevarse consigo a estas damas fotografiadas tan guapetonas?

—No; no quiero perder el tiempo en este viaje.

\*\*\*

El desprecio es algo muy peligroso en el corazón de una mujer caprichosa y si a ello se añade el resentimiento de algún ultraje, son muy frecuentes las decisiones absurdas.

Lillian, irreflexiva, odiaba con toda su alma a Carson, y, buscando la salvación en el verdadero amor, se puso al habla — por teléfono — con Hugo, el pretendiente sin fortuna.

—Hugo... He cambiado de opinión; iré contigo a Egipto.

—¿Cómo...?

—Sí, Hugo... ¿Quieres que te acompañe, verdad? ¿Me amas?

—Te quiero más que a nadie en el mundo. Pero debemos apresurarnos. Son las siete y media y el vapor sale a las ocho.

—Estaré ahí dentro de cinco minutos.

\*\*\*  
Cesa la comunicación.

Hugo dice sonriente a Sussie, que le admira:

—Sussie, no lo he podido remediar. Una dama vendrá conmigo.

\*\*\*  
Lillian, dominada exclusivamente por la idea de humillar para siempre a su marido con su fuga, preparóse para el abandono de su hogar.

Y hula de él, con sigilo y firmeza, mientras Carson, entregado a la reflexión, se daba cuenta de que a pesar de sus buenos deseos de combatir con energía la altivez de Lillian, lo único que había conseguido era aumentar el abismo que los separaba.

El galgo que de su castillo trajera consigo Lillian al entrar en la mansión de su esposo, se había acercado a Carson, y éste, acariciándolo, decía:

—Tú eres tan aristócrata como tu ama, pero me quieres, ¿verdad?

El perro, agraderido, agitaba la cola... pero era la suya una alegría triste.

Cinco minutos más tarde, Lillian trasponía el umbral de la casa de Hugo.

Esperanza los dejó solos.

—¿Me despreciarás por haber venido a tu propia casa?—preguntó Lillian afanosa de palabras estimuladoras de Hugo.

—Jamás, Lillian. Amor te proteja.

—Nada he traído conmigo...

—No te preocupes... Te compraré el mejor

*trousseau* del mundo en el primer puerto que toquemos.

—¿Me amarás siempre, Hugo?

—¿Puedes acaso dudarlo? En adelante mi cariño será más expansivo, pues ya no viviré estrecho. La Compañía me hizo un buen ade-



—¿Me amarás siempre, Hugo?

lanto de fondos. Viviremos felices. Te complaceré en todo para que no te prives de nada. Ya verás... ya verás...

—¿Qué dirá papá?...

—Desecha tus temores... El comprenderá...

—Sí... sí... él debe comprender...

—Ahora, sonría esa carita de cielo... Debe-

mos partir en seguida... Voy a por un taxi a la plaza de enfrente.

Salió Hugo de su casa, y al cruzar la vía un autobús se le echó encima y lo atropelló.

Aglomeróse mucha gente para ver a la víctima, y se hicieron acalorados comentarios acerca de cómo había sucedido la desgracia.

En tanto que en el ánimo de Lillian, a solas con su conciencia, nacia el primer remordimiento...

Sussie vino a interrumpirla en sus consideraciones morales que abrían los ojos de la razón.

—Es usted mucho más guapa que las otras—dijo tímidamente comparándola con las mujeres que apañecían en las fotografías que Hugo tenía en sus habitaciones.

Lillian, asombrada, prestó atención a Sussie, reconoció que su ingenuidad no mentía, vió los retratos de las conquistas de Hugo, y los celos de la farsa amorosa interpretada por el aristócrata pobre, se apoderaron del espíritu de Lillian.

—El señor Paten tiene mucho partido con las señoras. Yo le he conocido muchas; pero como usted ninguna —añadió Sussie.

Lillian, desfallecida, midió entonces por primera vez, justamente, las cualidades de su marido.

Carson — reconocía ella — era un hombre serio y no se le conocía aventura que ofendiese a la esposa.



Era tal vez demasiado severo, pero ese defecto podía corregirse.

Si la había comprado—decíase Lillian—como cosa de lujo, para envanecerse de poseerla, era perfectamente libre de no ocuparse de ella más que superficialmente y llevar la existencia que



—Es usted más guapa que las otras.

él quisiera.

De modo que sus atenciones y los arrebatos de cólera que de cuando en cuando le daban, no eran más que una demostración irrefutable de que tenía interés por ella, por su vida. En

una palabra, Carson la amaba. Todas sus cosas eran intentos de conquista de su corazón.

¡Oh, cuánto sufrió Lillian en aquellos instantes!

El orgullo de su raza se extinguía al paso de la luz potente y clara del descubrimiento de la verdad.

Sussie prosiguió su interrumpida charla:

—El señorito Hugo me dijo que en este viaje no llevaría a ninguna mujer. De modo que si usted le acompaña... ¡ojalá no se arrepienta!

Lillian había decidido ya regresar a su hogar.

Entre los curiosos que se acercaron a ver a Hugo, atropellado, había un médico.

Reconocida por él la víctima, fué conducida a su casa—cuyas señas se encontraron en su cartera—, expirando antes de llegar a ella.

Sussie fué la primera en enterarse del suceso, pues vió subir al piso a unos hombres conduciendo al difunto, y llena de espanto dijo a Lillian:

—El señor Paten ha muerto, atropellado por un automóvil!

Lillian, emocionada, presenció cómo los hombres que lo conducían, depositaban el ensangrentado cuerpo de Hugo sobre su cama, y un pesimismo atravesó su mente: "*Su muerte le salva de la caída.*"

Así era, en efecto; que tal vez Hugo hubiera aún conseguido reencender su orgullo de mujer aristócrata, y mintiéndole ciego cariño habría podido convencerla a huir con él.

Sí; habría podido hacer eso.

Porque Lillian tenía razón de temer la vuelta al lado de su esposo.

¿La causa de ese miedo?

Hela aquí:

Antes de fugarse de su casa, escribió unas rayas a Carson.

Le decía:

*No puedo soportar esta vida a tu lado. El poco tiempo que llevamos juntos me lo ha demostrado. Me voy para siempre.*

Lillian.

Luego había dejado esa nota y todas las joyas que su marido le regalara, en un cajón de su buró.

No quiso dejar esos objetos encima de la mesa-despacho, pues de haberlos encontrado en seguida su marido, tal vez hubiese ido a buscarla en casa de Hugo, temiendo que estaría con él, cuya partida hacia Egipto sabía de sobra.

Pero ahora Lillian estaba decidida a volver, ansiosa de comprobar si su marido conocía su irreflexivo paso, o si la providencia había salido en su protección.

Sin embargo, la compasión—privilegio de los buenos corazones—, retuvo a Lillian unos instantes más en el hogar de Hugo, pero sin atreverse a entrar en su habitación en cuya cama yacía inerte.

El médico que reconociera en la calle al atropellado, salió del aposento mortuario y dijo, con voz velada por el sentimiento, a Lillian, creyéndola esposa de Hugo:

—¿Puedo servirla en algo, señora?

Ella no se atrevió a contestar.

Estaba turbada y dolorida.

—No debe usted estar aquí sola, señora de Paten... —continuó el doctor—. Permítame que llame a los parientes de su esposo.

Entonces Lillian se vió obligada a hablar.

—No... No... No llame usted a nadie... No debo ser vista aquí —confesó.

Sorprendióse el doctor—hombre de rectitud invulnerable—, y preguntó:

—¿No es usted la señora de Paten?

Lillian, avergonzada, bajó sus ojos al suelo, y así confirmó que ella no era la esposa de Hugo.

El doctor, prudentemente indignado, le ordenó, al comprender:

—Entonces váyase usted... ahora mismo.

Lillian echó a andar irresolutamente, tal que



si se reconociera culpable de la tragedia ocurrida y considerara que su puesto estaba al lado de la víctima, y tras mucho vacilar desapareció.

El doctor preguntó a Sussie si conocía a Lillian.

—Es la primera vez que la veo, señor — respondió.

—¡Bah! — pensó el médico—. Una infiel más... Miserias...

Sussie dijo al doctor que conocía al padre de Hugo y ella misma se encargó de avisarle de lo que ocurría...

Las ocho estaban al caer.

Carson subió a las habitaciones de su esposa, para llamarla. La puerta estaba cerrada. Llamó. No obtuvo respuesta.

El multimillonario pensó que era inútil insistir en llamar, porque Lillian, sabiendo que era él, no se dignaría abrirle la puerta.

Carson volvió al salón.

Allí vio a la doncella de su esposa.

—¿No ha bajado todavía de su alcoba, Lady Lillian?

—No, señor. No la he visto.

En este momento fue anunciado el esperado amigo de Carson, el doctor Brodie, gran amistad suya, que acababa de regresar de un largo viaje.

¡El aludido galeno era el mismo que intentara, poco antes, auxiliar a Hugo Paten al ser atro-

pellado en la calle, el mismo severo doctor que viera a Lillian en la casa del fallecido!

¡Así lo había querido la irónica casualidad!

Los dos amigos conversaron acerca de sus intimidades, y Carson informó al doctor de su matrimonio.

—¿De modo que casado?

—Sí, me casé con la hija de Lord Westford.

—Me alegro, Carson, me alegro... y les deseo a su esposa y a usted una eterna luna de miel...

—No somos felices... La amo, pero ella persiste en creer que yo la compré.

—Esto es desagradable...

—Y de una mala inteligencia hemos pasado a otra y actualmente estamos más distanciados que nunca.

—Malo... malo... pero, en fin, le recomiendo mucha habilidad, Carson. Tengo mucho interés en conocer a su esposa... y luego hablaremos. Por mi profesión, conozco muchos males ocultos...

—Ya hablaremos, pues...

—Temi llegar tarde... Presencé en la calle un desgraciado accidente... La víctima era un joven que se llamaba Paten.

—¿Paten!... Entonces era un amigo de los Westford.

—Ah! ¿Le conocía usted?

El mayordomo de Carson anunció:

—El señor y la señora de Reding.

La llegada de estos dos convidados más a la

cena, había interrumpido el relato que el doctor se disponía a hacer a Carson del suceso.

Lillian tornó a su hogar, y entró en él después de los Reding.

Subió a su alcoba seguida de su doncella, y se vistió rápidamente para ir a reunirse con su esposo y los invitados.

—¿Las joyas, señorita? ¿No se las pone?

—No... No llevaré joyas esta noche—contestó Lillian desconcertada.

Al poco rato, Lillian aparecía en el saloncito donde la esperaban todos—hablando del accidente—y tras de saludar a los Reding, que ya conocía, su esposo la llamó.

A juzgar por las apariencias, la culpa quedaba oculta, Carson no sabía nada.

Lillian se acercó, pues, a él, sin recelo alguno.

Carson besó su mano delante de sus invitados, como si quisiera indicar con tal gesto a Lillian, que era discreto simular que se amaban, y, dirigiéndose al doctor, la presentó.

—Doctor Brodie, mi esposa.

Cuatro ojos se abrieron desmedidamente, tal fué el asombro de los dos presentados.

Lillian reaccionó en el acto, y combatió, apelando a fingir naturalidad en su hablar y en sus gestos, su turbación y espantoso temor.

El señor Reding, interesado por la explica-



*Carson besó su mano y...*

ción del accidente que le costó la vida a Hugo, dijo a Lillian:

—Lady, el doctor Brodie estaba refiriéndonos una noticia muy interesante relativa a un joven a quien ha atropellado un autobús. Hay también una mujer por medio...



Lillian conocía, para su dolor, la triste historia.

Fué verdaderamente extraordinario que su desconcierto no la vendiera.

El doctor estuvo a punto de gritar que ella era la mujer que había tomado parte en aquel drama. Lo quería hacer por el mero hecho de castigar a las infieles al cariño del hogar, como ejemplar lección.

Más otro sentimiento—piadoso éste—se alzó contra el rigor del amigo del esposo ultrajado, y la farsa comenzó en el hombre recto.

—Siga sus explicaciones, doctor—rogó el señor Reding.

—No sé si a Lady Lillian le agradará escuchar el relato—respondió, mirando a la culpable, el doctor.

—Por mí... puede usted continuar, señor...

Así lo hizo el médico, acrecentándose el martirio de Lillian.

—...Llevamos el cadáver a la casa y cuando vi allí a una dama, creí que era su esposa... Pero no lo era... Parece ser que iban a escaparse juntos... Supuse que era alguna mujer que odiaba a su marido... Me imagino que a estas horas el marido habrá descubierto ya la cartita de costumbre junto con las joyas.

Carson no pudo evitar que en su mente surgiera una duda.

Imprudentemente, Lillian opinó que era preferible borrar toda huella de su falta, y pensó

en hacer desaparecer la carta cogiendo las joyas del cajón con un pretexto cualquiera. Además—creyó—, su espontaneidad la pondría a cubierto de recelos.

Y dijo, inmediatamente después del doctor:

—Eso me recuerda que dejé algunas de mis joyas en el cajón del despacho cuando salí de compras.

Carson palidecía y miraba a su amigo el doctor.

Lillian, jugándose su dicha, se acercó al cajón de referencia y lo encontró cerrado.

—¡Ah! Este cajón estaba abierto, Richard—dijo a su esposo. ¿Encontraste mis joyas?

—Lo cerré sin verlas.

—¿Tienes la llave?... ¿Ves? Las joyas estaban en el cajón—confirmó Lillian, arrugando la nota que escribiera para su marido y ocultándola sin ser vista...

Pero Carson no la escuchaba.

Las palabras del doctor zumbaban en su cerebro una pertinaz acusación.

De pronto gritó:

—¿Por qué dejaste las joyas ahí?

—Sencillamente, para no tener que subir hasta mi alcoh... No tiene nada de particular... ¿Por qué me lo preguntas con ese aire tan feroz?

El señor Reding intervino:

—Carson, esa actitud es una sospecha insidiosa e indigna.

Sin embargo, el esposo, que sospechaba la traición, preguntó al médico:

—Doctor, ¿había usted visto a mi esposa antes de que yo se la presentara?

El dilema era terrible.

La felicidad de Carson y Lillian estaba en manos del doctor.

Una palabra bastaría para romper dos vidas.

Lillian le imploraba clemencia con la mirada, y a través de los ojos de la altiva mujer reducida a la nada por los remordimientos, el doctor vio la luz de la sinceridad.

La culpable pedía perdón.

Y para proteger al amigo y ayudar a Lillian a expiar el mal paso que la condujo al borde del abismo, consagrándose al cariño de su marido, el doctor contestó:

—No la había visto jamás.

Carson, extraordinariamente excitado, no se contentó con la respuesta de su amigo y explicó a su manera los hechos.

—Ahora lo comprendo... Tu amenaza de abandonarme, primero... y luego la aparición de tus joyas en el cajón de mi despacho. Eso sólo aclara que intentabas fugarte... ¿Lo ven ustedes?... ¿Por qué has cerrado ahora ese cajón? Dejaste en él algo más que las joyas, ¿no?

—No seas absurdo, Richard. ¿Por qué había yo de ocultarte nada? Abrelo, si quieres...

Los señores Reding y el propio doctor pre-



*La felicidad de Carson y Lillian estaba en manos del doctor.*



sencialian esta escena en silencio y con verdadera pesadumbre.

Carson, ante la firmeza y afabilidad de la última respuesta de Lillian quedó desarmado.

Hubo un momento de muda expectación.

Por fin, Carson, recoliéndose, disculpóse.

—Soy un necio y he cometido una nueva estupidez. Perdóname, Lillian.

El peligro había pasado.

Lillian contestó con un gesto de cabeza que perdonaba.

—¿Vamos a la mesa?—dijo Carson.

—Tré dentro de un instante—respondió Lillian.

Los invitados pasaron al comedor con Carson.

Lillian, arrepentida, se preguntaba si era digna de vivir al lado de su esposo, y sólo encontraba una respuesta favorable prometiéndose confesarle antes toda la verdad. Y soñó, despierta... lo que sigue:

*"Carson, movido por los buenos sentimientos de que estaba dotado en fondo, volvió al salón a recoger a Lillian.*

*Ella estaba triste.*

*El la miró con cariño.*

*—Lillian... Perdóname... He sido un salvaje... ¿No podremos comenzar de nuevo, olvidando los insultos que te hice?*

*Dispuesta a redimirse de la culpa con una bella confesión, Lillian fué sincera.*

*—La culpa tuya es muy pequeña, Richard... Yo soy la que debo pedirte perdón.*

*—¿Por qué?*

*—Yo era la mujer de que habló el doctor Brodie.*

*—¿Tú?*



*—Soy un necio... Perdóname, Lillian.*

*—Sí, Richard... Estaba ciega. La muerte de Paten me abrió los ojos... y ahora comprendo cuánta fué mi ignominia... y qué distancia existe entre aquel desdichado y tú. Estuve a dos pasos del abismo. De modo que a ti te toca perdonarme... si puedes.*

—Te quiero demasiado para negarme. Juntos podremos encontrar ahora la dicha."

Después del sueño vino la realidad.

Carson dejó a sus convidados y se reunió con Lillian.

Quería reconciliarse con ella.



—Lillian... Perdoname... Fui un salvaje.

—Lillian... Perdoname... Fui un salvaje.

Ella le miró agradecida y contestó:

—Si hubiera sido yo aquella mujer no tendría derecho a condenarte.

—Yo hubiera sido mucho más culpable que tú. En castigo de lo que he hecho te pido que me des ocasión para conquistar tu cariño.

—Ahora... soy yo la que deseo ser conquistada.

—Ven, mi Lillian... Son las ocho... No está bien que hagamos esperar a nuestros invitados.

Y cogidos del brazo, con la ternura del primer amor, Lillian y Richard entraron en el comedor con gran contento de sus amigos.

El pasado extinguióse con la fuerza de su mutuo cariño.

Lillian, para recompensar la caballerosidad del doctor, le confesaría los hechos reales, y le haría la promesa de no vivir más que para Richard.

Era el mejor premio que podía ofrecer a la bondad del amigo.

FIN

---

Revisado por la censura militar

---



Constituirá un inigualado éxito  
editorial la publicación en la

**BIBLIOTECA FEMENINA**  
DE  
**LA NOVELA FILM**

tercer volumen, del asunto de  
la grandiosa

**Producción PARAMOUNT**  
• Cecil B. de Mille •

**LOS DIEZ MANDAMIENTOS**

Interpretación a cargo de  
los famosos artistas:

Nita Naldi, Leticia Joy, Richard  
Dix, Charles de Roche, Theodore  
Roberts, Rod Larocque, etc.

**112 páginas : 30 fotografías**

El mejor asunto del año  
moral y dramático

Este libro ha de figurar en todas las  
bibliotecas selectas y debe ser leído  
por todos.

Presentación a todo lujo Precio: 1 peseta

Comprelo tan pronto lo vea en los  
Kioscos y Librerías

**PRÓXIMO NÚMERO**  
**LA SENTIMENTAL NOVELA**

**EL MILAGRO  
DE LOURDES**

**ASUNTO DE ALTA EMOCIÓN Y MORALIDAD**

**40 páginas**  
**10 fotografías**  
**30 céntimos**

**Publicación selecta**

**POSTAL-REGALO:**  
**AGNES AYRES**

**LA NOVELA FILM**  
sale todos los Martes  
en toda España

Colecciona completas y números  
sueños atraídos a precios corrientes,  
de venta, en LA SOCIEDAD GE-  
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.  
Barbarrá, 16-BARCELONA,  
en sus Agencias de Provincias  
y en todos los Kioscos de España

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los Húgaros a Gento brava	El joven Rodardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Los espías de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Dering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliofrago	Bébé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Ullian Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Edith Beunell
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Louienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De hacista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Dinero del Millonario Palao	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Novarro
22	El secreto profesional	Hazel Norman
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	¡Valiente luna de miel!	Lucy Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Porla Blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odete (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del Abismo	Georges Biscot



1000000

25

10  
26  
15  
30  
134

